

Yo fui el encargado por Martinez para ir á convencerle.

—No, me contestó, estoy resuelto á separarme del lado de jefes que no me tragan: si me bato bien se encelan de mí, si me contengo para darles gusto, me espongo á que me manden procesar por cobarde. No podemos seguir juntos. Estos me matarán si no los mato á ellos.

Ya tenia el general Quiroga el presentimiento de su muerte.

CAPITULO. XVIII.

ORGANIZACION.

El sitio de la ciudad del Saltillo y la ocupacion de la plaza despues de haberse rendido por capitulacion los dos mil hombres que la defendian, con cuyos hechos hicimos nosotros gran alharaca en nuestros boletines, vino á dar un prestigio inmenso á la revolucion, estremeciéndose todo el país de gusto al recibir aquella noticia.

Una particularidad debe llamarles la atencion á los lectores que no recuerden las especies ó que no conozcan los acontecimientos y es, que habiendo durado el sitio como unos dos meses y habiéndose preparado el gobierno general con tantas tropas de que tenia inundados á S. Luis y Guanajuato, no hubieran acudido, segun lo habia ofrecido en auxilio de los defensores de la plaza y es lo que me propongo explicar en unas cuantas líneas.

El general Ignacio Martínez, que entonces era simplemente designado con el nombre de «El Doctor Martínez» se había pronunciado en el pueblo de Charcas de S. Luis Potosí con unos veinte hombres sin armas. A los pocos días se le incorporó una fuerza del enemigo mandada por un jefe subalterno de apellido Niño y ya pudo disponer de más de cien hombres con que empezar á expedicionar en toda forma.

Una fuerza de 300 hombres se destacó en su persecucion y supo hacer de manera que en el mismo momento en que debía ser atacado, todos se le pasaran gritando: ¡viva Porfirio Díaz! ¡viva Ignacio Martínez!

Y siguió progresando de tal modo que llegó á ser una amenaza seria para la misma plaza de S. Luis con todo y estar artillada y defendida por mil quinientos hombres.

Tampoco pudieron dar socorro á los defensores del Saltillo las tropas federales de Matamoros y Durango, porque en Tamaulipas se habían levantado más de veinte guerrilleros de los derrotados en Charco Escondido que estaban deseosos de una revancha, y los generales Donato Guerra, Marquez de Leon, Garcia de la Cadena, Barrios, Borrego, Flores y otros se habían pronunciado en varios puntos de la zona comprendida entre Chihuahua y Zacatecas, de suerte que bastante entretenidas se encontraban con esto las secciones militares que mandaban cada uno de los jefes Tolentino, Neri, Palacios, y otros muchos

encargados de sofocar á la revolucion donde quiera que hiciera el menor impulso para levantarse.

En esto consistió que los defensores de la plaza del Saltillo no pudieran ser auxiliados, cuyos sucesos no dejaron de empezar á producir alguna inquietud al gobierno, convenciéndose al fin de que sus desaciertos habían provocado aquella conflagracion general, la que anunciaba con sus rápidos progresos que había sido perfectamente organizada.

En esta vez casi todos los que se habían comprometido se habían apresurado á cumplir su palabra y la mayor parte de nuestros amigos habían ya empuñado las armas con mayores ó menores elementos. Algunos se encontraban ocultos en México todavía, pero era, según las noticias que nos daban, en espera de una buena oportunidad que acabara con la revolucion dando un golpe redondo. Ello es que el golpe no llegó á asegurarse y muchos de esos intrépidos jefes no se apresuraron á empuñar las armas, pero también es verdad que estaba viéndose muy claro por todas partes el triunfo de la revolucion.

Una vez ocupada la plaza del Saltillo, los mil y tantos prisioneros fueron altas en todos nuestros cuerpos, distribuyéndolos el general Treviño de la manera que tuvo por conveniente. Como en estos casos siempre hay quejas y nadie queda contento del botín que se le reparte después de la victoria, me fijé yo muy poco y me consideré dispensado de prestar atención á las reclamaciones que en este particular hacían Qui-

roga y Martinez, lo mismo que los coroneles que mandaban los cuerpos de las respectivas divisiones.

Porque es preciso decir que cada grupo de aquellos llevaba el nombre de division, no en el sentido sencillo de la palabra, sino queriendo significar una Division militar de veras, compuesta de Brigadas de las tres armas con su correspondiente dotacion de oficiales generales.

Esa circunstancia probablemente fué la que hizo que empezáramos á ascender á generales los que aparecíamos hasta entónces como simples coroneles y que se diera desde luego ese título á Juan Guerra, Manuel Orellana, Bibiano Hernandez, Ignacio Martinez y algunos otros que bastante bien acababan de ganarlo haciendo morder el polvo al enemigo.

Como estábamos en momentos de organizacion exclusivamente militar y la parte política estaba encomendada á Treviño y sus consejeros, yo me sentía de pronto sobrandó y quise aprovechar los momentos para visitar aquellos sitios que en Monterey podian traerme los mas vivos recuerdos de mis pasadas aventuras.

—Cuanto tiempo durará esto? pregunté á Martinez.

—Quince dias á lo mas, si es que no antes. Por mi parte quisiera que nos alistáramos en tres dias.

—Y luego?

—Y luego irnos sobre S. Luis. Si aprovecháramos este tiempo, dentro de quince dias seria nuestra aquella plaza.

—Pero es imposible moverse de aquí todos antes de quince dias.

—Tal vez en ocho, me contestó con cierto aire de duda.

—Son justamente los dias de que yo quiero disponer.

—Me han contado que ha recibido vd. muchas invitaciones para ir á Monterey.

—Es la verdad, y aparte de que estoy invitado, yo mismo siento grandes deseos de ir á ver la noria por donde me escapé!

—Pues amigo mio, no me acuerdo si me dijo ya *Señor general*, cuenta vd. con ocho dias de licencia.

Aunque era aquello muy sencillo y no podia vanagloriarme de haber conseguido una gran cosa, como siempre me temia que mi jefe tuviera reparos en dejarme ausentar en aquellos momentos en que con frecuencia se presentaban complicaciones, le estreché la mano con efusion y no dejé de dar á conocer el regocijo que me causaba el poder disponer de ocho dias de licencia.

D. Hexiquio Steell me llevó en su carruaje y tanto en el camino como á mi llegada fui atendido como un rey por mis amigos y las gentes curiosas que querian conocerme.

Mi llegada á Monterey, por las circunstancias que tengo referidas anteriormente, fué un verdadero acontecimiento y con ese motivo, segun se dice en los cuentos de viejas, hubo fiestas reales. Dí y me dieron convites, hubo bailes, dias de campo y todo cuan-

to puede contribuir á hacer una fiesta continuada, los ocho dias de mi permanencia en aquella bulliciosa y siempre risueña ciudad, á la cual hasta las elevadas montañas que la rodean, lejos de presentarla aprisionada, le proporcionan mayor atractivo.

Principalmente el cerro de la Silla se vé primorosamente dibujado en el horizonte desde cualquiera sitio de la ciudad. De la misma manera son bellos sus alrededores por sus arroyos de agua cristalina y por sus vergeles de una rica y verdaderamente voluptuosa vegetacion.

Fuí á visitar el histórico pozo de mi escapatoria acompañado de varios de mis amigos, y no pude menos que sentir un estremecimiento general por todo mi cuerpo al recordar, cómo el temor de nuevas humillaciones, se habia sobrepuesto en mi ánimo, dándome el valor de ir á suspenderme en aquel abismo, con todas las probabilidades de haber sido acribillado á balazos, una vez que fuera descubierta la maniobra.

Casi todas las personas que se ocupaban de los acontecimientos públicos y que conocian la historia de mi fuga, acudieron llevadas por la curiosidad á conocer el teatro del suceso, así es que por muchísimos de los vecinos de Monterey fué visitado aquel pozo luego que los presos que quedaban fueron llevados al Saltillo; pero uno de los comerciantes que me acompañaban recién llegado á la poblacion, no habia tenido oportunidad de penetrarse de la historia y exclamó asombrado:

—¡Cómò! ¿por aquí ha hecho vd. su fuga?

—Por aquí mismo, le contesté: un centinela estaba allí en la puerta de ese pasillo á tres varas de distancia, el cabo cuarto un poco mas acá, me estaba volviendo la espalda; allí arriba se encontraba una guardia de 25 hombres y el centinela se paseaba por el corredor con instrucciones de vigilar á los presos que se encontraban en el patio. Eran las siete de la noche: pero la luna lo alumbraba todo como si fuera de dia, á lo menos en esa noche me pareció á mi muy resplandeciente: los prisioneros estaban muy inquietos porque habia llegado Rocha en la tarde y habia propalado la especie de que traia órdenes terminantes del gobierno para fusilarnos á todos; Texier, mi compañero de evasion, se habia bajado, despues de atar sólidamente la cuerda contra ese poste clavado en la pared que tiene la carretilla; nadie lo vió mas que yo, pero la madera cruja y esto llamó la atencion de unos oficiales que estaban en la puerta de aquel cuarto que está allí enfrente; uno de ellos se aproximó y me pidió permiso para sacar agua; yo me opuse; nuestra disputa atrajo á otros curiosos y se formaron dos partidos; el uno se oponia á que me escapara; el otro sostenia que cada uno era libre para proporcionarse la libertad como pudiera: entónces oí la señal que me hizo Texier, y precipitándome en ese abismo, les dije: este es el camino de la libertad, vengan vdes. Pero ninguno tuvo el valor de seguirme; la oscuridad del pozo contrastaba siniestramente con la claridad de la luna.....yo nó volví á saber de mí sino cuando estu-

ve en el lado opuesto en frente de la perspectiva de ser descubierto. Vds. saben todo lo demás.

No se conformaron con este relato y algunos me hicieron que les diera mas amplios detalles de mi permanencia en la montaña y mi viaje erizado de dificultades hasta la frontera de los Estados Unidos, en donde tiré al aire la montera y los espejuelos que ayudaban á formar mi disfraz.

Estaba ya disponiéndome para regresar al Saltillo cuando se anunció que venia el general D. Gerónimo Treviño. Fuera la costumbre de tenerlo allí ó que realmente no contara con grandes simpatias en la poblacion, nadie pensaba en recibirlo con agasajos, y entónces yo tomé á mi cargo festejarlo. Creí que era generoso y debido hacerle por mi parte alguna manifestacion y recogí todos los carruages disponibles de la casa de Diligencias y de los particulares é invité á gran número de personas para que fuéramos á encontrarlo. Se le recibió pues como á triunfador.

Promoví que se le diera un baile y el dia posterior le ofrecí un banquete al que fueron invitadas las personas mas distinguidas. Estaba allí el violinista D. Eusebio Delgado y se encargó de amenizar la comida arrancando á su violin las notas mas delicadas.

Despues de esto me fuí á incorporar con Martinez que ya me llamaba con urgencia.

Quiroga habia sido destacado para ir á perseguir á D. Victoriano Zepeda y á D. Pedro Valdez que te-

nian una fuerza considerable, la cual era preciso destruir para no dejar ningun enemigo á retaguardia.

—Quiroga va muy desagradado, me dijo Martinez y creo que no volverá militar al lado de Treviño.

—Ni vendrá tampoco con nosotros!

—Tampoco, mientras formemos parte del mismo ejército.

—Es sensible, porque es un general valiente.

—Y tiene mucho partido en el Norte.

—En fin, nos pasaremos sin él. En cambio tenemos aquí jefes como Guerra y Hernández que son tan activos y valientes.

—Y á los cuales tampoco quiere Treviño.

—¿Y que vamos á hacer ahora?

—Las fuerzas de Treviño se quedan todavía aquí organizándose. Las nuestras ya han empezado á salir y nosotros con la caballeria que es la única que no se ha movido, saldremos mañana.

—A entrar en campaña?

—No lo sé, nosotros formamos la vanguardia de todo el ejército.

—Y de cuantos hombres se compone todo el ejército?

—De unos cuatro mil quinientos.

—Y nuestra Division?

—De mil quinientos; pero con los de Martinez y Narvaez completaremos los dos mil.

Y al dia siguiente nos pusimos en marcha, y poco tiempo despues ocupamos á Matehuala, plaza que dejó abandonada el enemigo.